

se entregaron á luchas interiores de partido; provino tambien de falta de unidad y concierto entre las potencias que tomaron parte en ellas; de poca habilidad en el arte de la guerra, y de la absoluta ignorancia de lo que habia que hacer; de que los papas emplearon muchas veces estas expediciones tan pronto contra los bárbaros del Norte, como contra los herejes ó contra sus propios enemigos; de que el pueblo más caballeresco de Europa estaba ocupado en una cruzada doméstica, al mismo tiempo que los demas tuvieron que atender á su organizacion interior. Añádase á esto el clima, añádase tambien la fé dudosa y la secreta enemistad de los emperadores griegos, que hizo abortar las expediciones mejor combinadas, como las de Conrado III y Federico Barbaroja; téngase en cuenta que no tenian que habérselas con los ineptos musulmanes vestidos en nuestros dias con un ridículo uniforme y que reciben á palos el título de soldado; sino con los árabes, entre quienes el recuerdo de inmensas conquistas estaba aún reciente, y con los turcos, que nuevamente llegados y audaces, pedian botin y una patria á las mas bellas comarcas del mundo.

Absténganse, pues, de juzgar á las cruzadas por un resultado parcial, y de manchar la edad heroica de todas las naciones europeas con un vituperio que no apoyan ni el sentimiento ni la razon. Desterremos al ménos esta injusticia nosotros que hemos deplorado tanto las desgracias de la patria de Fídias y Sócrates, y que á falta de saberlo hacer mejor, nos hemos contentado con segundar con nuestros votos y cantos los generosos esfuerzos de los últimos descendientes de Timoleon y de Epaminondas.

Supóngase que el leon de San Marcos y el dragon de San Jorge se hubiesen establecido á perpetuidad en las orillas del Bósforo, del Jordán, del Tigris; una poblacion civilizada tendria aún allí la energía que en otro tiempo hacia de aquellas comarcas otros tantos centros de civilizacion; Seleucia, Antioquia, Bagdad, serian para el Asia lo que son en el dia París y Lóndres para la Europa; en los lugares en que un bajá fuerza, á azotes ó á golpes de cimitarra, á pueblos miserables á doblegarse á la mirada ó al capricho del déspota, donde el be-

duino y el pirata berberisco, ejercen osadamente sus fechorías, se veria florecer á gobiernos constituidos para el orden y para la libertad. El saber y la humanidad se derramarían á torrentes desde el seno de la más hermosa ciudad que ilumina el sol en Europa y Asia, que en un sentimiento de comun afecto y con el mismo fin de progreso se adelantarian para esparcir la luz en el Norte, y propagar la verdad en el corazon de Africa y hasta las más lejanas comarcas del Oriente.

Si un ermitaño no hubiera lanzado el grito de *¡Dios lo quiere!* y sino lo hubieran acogido los papas, la civilizacion que comenzaba en Europa, todavía ruda, pero que debia ser fecunda en grandezas y en virtudes, hubiera quizá desaparecido bajo el barniz de la civilizacion árabe, cuyo mortal gusano la atacaba ya en el corazon. Entonces la religion del amor y de la libertad se hubiera visto obligada á ceder el territorio europeo á una religion de sangre y de servidumbre, y sobre las bellas comarcas de Italia y de Francia pesaria la brutal tiranía doméstica y política, la orgullosa inmovilidad, la ignorancia sistemática y la fatal indiferencia.

## CAPITULO X.

La España y el Magreb.

No estaba muy lejos de triunfar en España la cruzada perpétua. Una vez extinguida la fuerte y vivaz dinastía de los Omniadas, se descompuso la monarquía árabe en una veintena de reinos. Dominaban los ategibas, poderosa tribu árabe, en las provincias septentrionales; bajo el mando del rey de Badajoz formaban una confederacion los Algarbes y la Lusitania. Toledo, rechazando siempre la dominacion de los califas, se dió entonces una organizacion propia bajo el vasallaje de Ismael-bel Dilnun, quien seguro de su valor y de la antigüedad de su raza, aspiraba á la preeminencia sobre los reyes de Córdoba y de Sevilla; Zaragoza, Huesca, Valencia, Granada, Algeciras, Almería, Denia, Carmona, Murcia, Mallorca, obedecian á los príncipes particulares, independientemente de pequeños estados de Gibraltar, Huelva, Lérida, Tudela, Tortosa.

Estas subdivisiones se asemejaban todavía ménos al feudalismo europeo que al estado de

guerra continua en que se agitaban los hijos de Ismael antes de salir de la Arabia, sosteniéndose unos á otros, y uniéndose á los más débiles para reprimir á los que se hacian demasiado poderosos. Sólo nos produciría enojo sin ningun provecho la narracion de aquellos incesantes combates, como la de las guerras sostenidas por los tres reinos cristianos de Navarra, Aragon y Castilla, contra el principado de Barcelona; atengámonos, pues, á los principales hechos, y al interesante espectáculo de una nacion ocupada en recuperar laboriosamente su independencia.

Los visires de Córdoba eligieron por rey á Calixto Gewar, hijo de Mohamed, ministro del rey precedente, hombre de gran seso, y que se habia portado en la guerra civil noblemente. Instituyó para administrar el reino y formar las leyes, un consejo formado de los principales habitantes, al cual otorgó una autoridad tal, que aquel que imploraba una gracia oia al califa contestarle que no podia nada por sí propio, en atencion á que no tenia más que un voto en el consejo. Suprimió todo lo que tenia de superfluo en la corte en criados y en adornos, desterró á los espías y á los médicos no autorizados, así como á los abogados, á quienes sustituyó otros pagados por el Estado; edificó almacenes, arregló la justicia, y sin duda hubiera representado un gran papel si hubieran sido ménos difíciles los tiempos.

Los valis, á quienes parecia que toda obligacion de obediencia habia cesado para ellos respecto de los Omniadas, se ligaron para oponer resistencia á Gewar cuando él recurrió á las armas (1034). Además, su poder estaba amenazado por Ben-Abad, rey de Sevilla (1044), que reunió tambien bajo su dominacion á Córdoba, y comenzó la célebre dinastía de los Beni-Abades. Al-mamoun-Yahia, rey de Toledo, sostenido por Alfonso de Leon, se armó contra los dos reinos y se apoderó de las dos capitales (1076). Despues de su muerte, no sólo se perdieron sus conquistas, sino que, descontentos los habitantes de Toledo, llamaron al rey Alfonso, quien se apoderó del reino (1085).

Mohamed-al-Motamed, rey de Córdoba y de Sevilla, concibió recelos de resultas, y para conjurar los peligros convocó á los príncipes á asamblea. Entonces tomaron la imprudente

resolucion de llamar en su ayuda á los moros ó Almoravides de Africa.

A mediados del siglo XI, habiendo salido de la Arabia, á consecuencia de las discordias intestinas, las dos tribus árabes Homeritas de Goudala y de Lamtounah, vivian en los desiertos más allá del Atlas, sin otros bienes que su libertad y sus camellos. Yahia-ben-Ibrahim, de la tribu de Goudala, encontró en ocasion de una peregrinacion á la Meca, á Abn-Amram (al-faki muy renombrado), quien sabiendo por su conducto cuán ignorante y grosera era aquella tribu, propuso enviar allí misioneros. En calidad de tal se dirigió allí Abdalla; pero malisimamente acogido cuando habló de practicar abstinencias y de renunciar á vicios arraigados, se retiró á una ermita, donde le siguieron siete discípulos; habiéndose elevado su número en poco tiempo á muchos miles, les envió á predicar á cada uno á su tribu y á emplear la persuasion, ó la fuerza donde la persuasion no fuera bastante. De consiguiente, en breve se reconoció á Abdalla por jefe (1042); entonces avasalló á la tribu de Lamtounah, así como á los bereberos vecinos, y en recompensa del valor constantemente acreditado por los suyos, les dió el nombre de Morabitas ó Almoravides, palabra que significa consagrado al servicio de Dios (1050).

Consolidó su apostolado por las conquistas, quitando á los zegríes todo el Magreb (1070), y dejó el poder á Abou-Bekr, quien construyó á Marruecos, volviéndose luego al desierto; abandonó aquel territorio, á falta de podersele apropiar nuevamente, á Yusuf-ben-Taschfin. Este jefe, tan capaz como ambicioso, afianzó la conquista del Africa apoderándose de Fez y de Ceuta (1084), y para no herir á los Fatimitas de Egipto, que tomaban el título de al-moumenin, adoptó el de al-molesmyn.

A él se dirigieron trece emires de España, para obtener de él socorros, en vez de buscar en la union la fuerza. Gozoso de la ocasion que se le presentaba se apresuró á acoger su demanda, á condicion de que el mar le estaria asegurado por la cesion de la provincia de Algeciras. En el momento de su partida exclamó: *¡Alá, si mi expedicion ha de redundar en ventaja de los creyentes, manda á las olas que favorezcan mi viaje. Si no ha de serles provechosa, da-*

me una señal de ello volviéndomelas contrarias. Habiendo arribado felizmente á las costas de España, derrotó completamente en Zalaca, cerca de Badajoz, á los cristianos, matándoles veinticuatro mil hombres, y Alfonso se escapó no sin dificultad suma, con escaso número de ginetes.

Parecía como si hubieran vuelto los tiempos de Tarif y de Muza, y se hubiera perdido el fruto de cuatro siglos de resistencia; pero sin desalentarse Alfonso se ocupó en reparar el daño, mientras que las tropas de Yusuf, combatiendo por un país que no era suyo, echaban de ménos la ardiente Africa, á pesar de todo lo que tenía de atractivo la sonrisa de la Hesperia. Yusuf, que meditaba hacerse único soberano de los que le habían llamado como aliado, volvió con fuerzas más considerables. Los emires de España, que habían columbrado sus ambiciosos proyectos, no le secundaron, lo cual le sirvió de pretexto para tratarlos como á enemigos; en su consecuencia asedió á Granada, se hizo dueño de ella é instaló allí su gobierno; habiéndose reembarcado luego, mandó que atacaran sus generales á Sevilla, á Córdoba, á Ronda y Almería y todas fueron tomadas.

Mohamed, que había hecho venir á los moros, é implorado en seguida la asistencia de los cristianos, se vió obligado á hacer la rendición de Sevilla, y aunque estipuló que se le conservaría la vida, se le trasladó á Africa con sus hijos y mujeres, hallándose en la necesidad de hilar para vivir. Vinieron á ser asunto de elogios árabes este vaiven de la fortuna y la despedida de aquellos infelices á las doradas torres de Sevilla.

Después de sesenta años de una existencia turbulenta habían acabado los reinos de Andalucía, y Yusuf, único soberano de España, hacia que le reconociera por tal el califa Fatimita de Egipto (1203). Habiendo ido á visitar las conquistas de sus generales, designó por sucesor á Ali, su hijo segundo, recomendándole como el medio más seguro de tener en sujeción á sus enemigos, confiar el gobierno á los almoravides, y tener para su guardia diez y siete mil de ellos, al mismo tiempo que empleara á los árabes de España en la guerra sagrada.

Yusuf murió en Marruecos de la primera

enfermedad de que fué atacado en cien años de existencia, dejando treinta mil arrobas de plata y cinco mil cuarenta de oro (75.000 y 1.260 quintales); así no faltaron á su memoria las alabanzas que prodiga la adulación á los héroes afortunados.

El gallardo y generoso Ali confió la guerra sagrada á su hermano mayor Temin, quien asaltó á los cristianos y venció á Alfonso en Velez, matándole su hijo Sancho, héroe de doce años, con la flor y nata de la nobleza (1108). Esta batalla costó cara á los árabes; y Alfonso con su pericia, tanto como con su valor, les impidió sacar gran ventaja de ella; pero habiendo llegado de Africa nuevos refuerzos, invadieron los moros los Algarbes, Lisboa y la mayor parte de Portugal, de que se hicieron dueños; sabe Dios lo que hubiera sido de los cristianos, de no haber llamado á los almoravides á Africa otros acontecimientos.

Hallábase dividido el Magreb en esta época entre los *zeiritas*, que ocupaban la parte oriental llamada Africa, donde están actualmente las regencias de Túnez y de Trípoli; los *amadias* eran señores del Magreb-Ausath, que sería la regencia de Argel ménos la parte al Oeste de Oran; y los almoravides unian al Magreb-Aksai, es decir, desde Oran á Noun, todo el Sahara Occidental hasta los países negros independientemente de la España, si bien absorbió á todos el nuevo poder de los almoravides.

Abou-Abdalla, hombre oscuro, que había estudiado en las célebres escuelas de Córdoba y del Cairo, y perfeccionándose en Oriente, tuvo por maestro á Abou-Ahmed-al-Gazali, de la misma ciudad, autor de un libro condenado como heterodoxo por el cadí y por la academia de Córdoba, mandado quemar por Ali. No se necesitó más para infundir el deseo de leer esta obra á los que, á no ser por esta circunstancia, ni áun siquiera hubieran pensado en ella. Al-Gazali pidió á Dios que le vengara de una condena injusta, á lo que añadió Abdalla: *¡Y ojalá sea yo el instrumento de esa venganza!*

De vuelta en Africa predicó Abdalla la doctrina reprobada. Entró en la mezquita en el momento en que estaba llena de pueblo (1110); subió al púlpito, é intimando al iman que se retirara, dijo: *Los tiempos son de Dios y no son*

*más que de Dios*, con el resto de este capítulo del Corán. Escuchábale el pueblo pasmado, cuando sobrevino el rey; levantáronse todos. Abdalla permaneció inmóvil, y dirigiéndose á Ali, dijo: *Halla un remedio á los males de tu pueblo; porque Dios te pedirá cuenta de los males que padece*. Preguntándole el rey si tenía necesidad de algo, respondió: *De nada de este mundo, sino que estoy destinado á predicar la reforma y á corregir los abusos*.

El pueblo acogió favorablemente estas palabras: Allí no pudo oírlas desdeñoso, y ordenó que fuera examinada la nueva doctrina por los doctores. Unos vieron en Abdalla á un hombre que quería suscitar en el país disturbios; otros no hicieron del reformador ningun caso. En breve salió de Marruecos, y ya poderosos por la persecución, declamó contra los vicios de los Almoravides, llamó á los moros al culto de Dios, en su pureza, y á la extirpación de la idolatría. Entonces quiso Ali ponerle preso, pero él se estableció en paraje seguro, y formándole un ejército sus parciales, le proclamaron Al-Mahdi, es decir, maestro. Escogió por su visir á Abd-el-Moumen, el más ardoroso de sus diez primeros sectarios, que formaron un consojo y dirigieron el gobierno, con un consejo de cincuenta miembros y un tercero de setenta. Luego continuó predicando contra los almoravides, y enarbolando por último el estandarte blanco, se puso en marcha con diez mil hombres para abatirlos con las armas en la mano, y le siguió infinita muchedumbre con el fervor intolerante de prosélitos que no dudan de la victoria.

Vuelto Ali de España para hacer frente á la tempestad, se vió, á pesar de su poder y de las bendiciones de que su nombre era objeto en treinta mil mezquitas, vencido muchas veces por los Almohades: este era el nombre que tomaban aquellos sectarios, en medio de los cuales combatía. Al-Mahdi en persona, gritándolos: *Defended la verdadera ley; si sois heridos en la pelea, pensad en los premios eternos que os aguardan*. A su muerte (1129), le sucedió Abd-el-Moumen y se hizo dueño de Tidda, Dara, Salé, Oran, Fez, Tlemecen y Ceuta.

Taschfyn, hijo y sucesor de Ali, se halló sitiado dentro de Oran, y en el momento en que trataba de apelar á la fuga á favor de la noche, fué precipitado en el mar por su caba-

llo (1144). Bajo el reinado de Isaac puso Abd-el-Noumen asedio delante de Marruecos (1146), cuya obstinada defensa hizo perecer dentro de su muro, según se dice, á doscientas mil personas, tanto por el hambre como por el hierro, sin contar setenta mil en el momento en que fué tomada la plaza. Tres días duró la carnicería; otros tres días más estuvo cerrada la plaza, y después fué purificada con arreglo al rito de Mahdi. Se derribaron las mezquitas edificándose otras; se levantaron nuevas casas, y llegaron á poblar nuevamente la ciudad las tribus del desierto. Isaac fué preso y muerto con todos los magnates, y la venganza de Al-Gazali quedó consumada. Entonces acabó la corta dominación de los Almoravides, cuyos restos se retiraron al Saar, donde todavía se encuentran tribus enteras de los marabouts.

Abd-el-Moumen expulsó también á los *amadias* de Bugía, y á los sicilianos de Túnez, de Trípoli y de Mahadía, donde Roger los había instalado, y fundó la dinastía de los Almohades. Terrible respecto de sus enemigos, benévolo durante la paz, protegió las letras y favoreció como una distracción agradable los libros de caballería del mismo modo que las novelas que habían prohibido los Almoravides. Abrió muchos colegios para instruir á los jóvenes en las ciencias, no ménos que para acostumarlos á los ejercicios corporales.

Los descalabros de los Almoravides habían envalentonado á los descontentos de España, y las doctrinas del Al-Gazali encontraban allí parciales; de consiguiente, la religión sirvió de pretexto á los ambiciosos, ó á aquellos que aborrecían á los nuevos conquistadores africanos, de donde resultó que otra vez se formaron tantos estados como ciudades había. Sacaron de esto ventaja los cristinos, merced á la habilidad y al denuedo de Alfonso el Grande, quien apoderándose de Calatrava, de Almería y de Lisboa, se hizo dueño del curso del Tago (1147). Poco tenía que aumentarse el reino de Navarra con los despojos de los moros, encerrado como se hallaba entre tres estados cristianos, á los cuales pasaba alternativamente por las mujeres.

Alfonso VI, rey de Castilla y de León, tenía ocho hijas, sin ningun heredero varon; casó á Elvira con Raimundo de Tolosa, á Teresa con

Enrique de Borgoña, con el título de conde de Portugal; Urraca, la mayor de todas y su hereedera presunta, viuda de Raimundo de Borgoña, se casó con Alfonso, rey de Aragón, llamado el Batallador; pero lo que debía adelantar en dos siglos la reunion de los reinos, vino á ser asunto de discordias. Doña Urraca, princesa tan altanera é imperiosa como relajada en sus costumbres, no dejó á su marido, á quien no amaba, más que el título de rey; al fin perdió éste la paciencia, se formó parciales, y la encerró en un castillo. Libertada á viva fuerza por los castellanos, pidió la anulacion de su matrimonio por causa de parentesco. Alfonso la repudió aunque sin querer renunciar á sus estados. Para vengarla los condes Gomez y Pedro de Lara, sus amantes, declararon la guerra á Alfonso; pero dió muerte al primero en Sepúlveda, obligó al segundo á la fuga, y sembró por todas partes el estrago. Entonces doña Urraca hizo proclamar en Galicia á su hijo Raimundo, y sostenido por Enrique de Portugal obligó á su marido á volver á Aragón y á renunciar á todo derecho sobre Castilla.

No se aprovechó ella largo tiempo de este triunfo. Pedro de Lara, su confidente, se atrajo el odio de los grandes de Castilla, quienes le encerraron en una fortaleza y proclamaron rey á Alfonso II, á pesar de la oposicion de su madre. Ella misma fué confinada á un monasterio en Saldaña.

También el rey de Aragón, por fuerza en un principio, y despues en virtud de un acomodo, desistió de sus pretensiones. Alfonso Raimundo se casó por política con la hija del conde de Barcelona y de Provenza. Alegó pretensiones sobre Aragón y Navarra, y obligó al rey de ésta á declararse su vasallo: hasta quiso hacerse coronar emperador, en su presencia, por el arzobispo de Toledo. Nadie quiso reconocerle esta dignidad nueva; al revés, los demás príncipes empuñaron las armas para disputársela. Sin embargo, les indujo á la paz; pero el conde de Portugal tomó el título de rey, el de Navarra sacudió toda dependencia, y el emperador no pudo hacerles volver á sus deberes.

Dirigió expediciones más pomposas que útiles contra los Almoravides. Engañado con la esperanza que había concebido de ocupar á Granada con ayuda de los mozárabes, taló el

territorio; y habiendo avanzado hasta el mar, echó las redes y se hizo servir su pesca, diciendo que había hecho voto de comer pescado en las playas de Granada; pero no sacó de esta proeza más fruto que excitar una persecucion contra los cristianos que habían quedado en aquella ciudad. Salió más airoso en la empresa de Almería, de donde salian las flotas árabe para embarazar la navegacion de los cristianos.

Durante el asedio que puso á Oreja, los valis de Sevilla, de Córdoba, de Valencia, asaltaron á Azeca, donde Berenguela, mujer del emperador, se hallaba encerrada. Ella les envió á decir: *¿Cómo no hallais descortés atacar una ciudad sostenida por mujeres, cuando podeis ganar honra en medio de los peligros de Oreja?* Conmovidos por esta reconvenccion, solicitaron la merced de saludarla; fueron recibidos en medio de una espléndida córte y la abandonaron llenos de respeto. Quizá es esta una ficcion poética, si bien se halla es perfecta armonía con las ideas caballerescas de aquel tiempo.

Alfonso II, segun el uso mal entendido entre los reyes españoles, dividió sus estados entre Sancho y Fernando, señalando al primero la Castilla, y al segundo Leon con las Astúrias y la Galicia. Sancho III reinó poco tiempo y dejó el trono á Alfonso III (1157).

Hacia este tiempo, conociendo los musulmanes su decaimiento, enviaron á pedir ayuda al emperador de Marruecos Ab-el-Moumen, prometiéndole someterse á su autoridad. Con efecto, hizo muchas expediciones á Andalucía, y había juntado para la que meditaba ochenta mil hombres de caballería regular, trescientos mil beduinos irregulares y cien mil infantes, cuando le sorprendió la muerte. Su hijo y sucesor Zaid de Yusuf siguió sus extravíos (1163); pero fué muerto en el sitio de Santarem. Sus victorias le habían valido el sobrenombre de Almanzor el Victorioso. Mandó establecer puentes, fuentes, hospederías en los caminos, hospitales, albergues, mezquitas, escuelas; aumentó la asignacion de los cadís para que fueran menos accesibles á la corrupcion, y brindó proteccion á las letras. Su hijo Yacub, valiente y generoso, tomó también y mereció el título de *Almanzor be-Fadhl-Allah*. Victorioso por la gracia de Dios: castigó á los pueblos que intentaban sacudir el yugo, y fué á talar las cercanías de

Santarem, de donde llevó á Fez treinta mil prisioneros.

Segun se dice, Alfonso de Castilla le escribió en la forma siguiente: *Puesto que no puedes venir á combatirne, ni enviar ejércitos en contra mia, préstame tus naves, á fin de que yo concorra á presentarle batalla. Si sales vencedor tendrás mis despojos y seré tu prisionero; si yo venzo, seré tu soberano.*

Almanzor hizo grandes armamentos, y los cristianos con quienes se midió en Alarcos, experimentaron una memorable derrota. Para eternizar su recuerdo levantó en Sevilla la Giraldá, torre de ciento setenta y dos pies de altura, poniéndola encima un globo de hierro dorado, de tal tamaño, que para introducirlo en la ciudad, fué preciso derribar el arco de una puerta. Pero no sabia aprovecharse de sus victorias más que para saquear, y antes de haber consolidado su autoridad tomó la vuelta de Marruecos.

*Nuestras derrotas consisten en la costumbre de la molicie y en el uso de los baños que enervan el cuerpo y el alma: volvamos á la antigua sencillez, de la cual surgieron los héroes.* Así se expresaban los españoles, pero el rey Alfonso acusaba á Sancho VII de Navarra, quien, segun se dice, solicitó la amistad de Mahomed, sucesor de Yacub, en el trono de Marruecos, y hasta fué en su busca. Mohamed había dado orden de prodigarle todos los honores en el camino, y de no dejarle partir de ninguna ciudad sin que hubiera permanecido en ella ocho dias, reteniendo en todas partes alguna porcion de su escolta, de manera que cuando llegó á Córdoba se encontró desarmado y sin comitiva. Regaló al rey musulman una magnífica copia del Coran, dentro de un estuche de oro cubierto con seda verde, bordado de oro y esmaltado con ricas esmeraldas. Despues de haber recibido igualmente espléndidos regalos, abandonó Sancho á Córdoba, y tomó á la vuelta los soldados que había dejado en el camino. A fin de castigarle Alfonso III ocupó las provincias de Alava y Guipúzcoa.

Pero para castigar y adormecer al mismo tiempo los odios particulares, envió el Africa una nueva plaga. Aquel mismo Mohamed-el-Naser, en quien los deleites no extinguían el ardor belicoso, despues de haber dominado la

rebelion en Africa y en Mallorca (1211), puso en pié de guerra seiscientos mil musulmanes para avasallar á la España. Dos meses se invirtieron en la travesía de este éjército. Al aproximarse tan gran peligro, los príncipes cristianos olvidaron sus enemistades intestinas. Inocencio III proclamó la cruzada; acudieron caballeros de Francia, de Italia, de Alemania. Empeñóse la batalla en la llanura de las Navas de Tolosa (16 de Julio de 1212); el obispo de Narbona y el arzobispo de Toledo llevaban allí la cruz, excitando á los combatientes á desplegar todo el valor por la patria, por la fé, por sus hogares; los reyes de Aragón, de Navarra, de Castilla, mandaban en persona contra Mohamed. Los negros de los africanos, dotados de impetu fogoso, aunque sin disciplina, tardaron muy poco en ser completamente derrotados. Al verlos caer por millares, Mohamed exclamaba: *Sólo Dios es justo: pérfido y embustero es el demonio.* Tuvo necesidad de apelar á la fuga, abandonando al enemigo la victoria más sangrienta de todas aquellas á que debieron los españoles la gloria de recuperar su independencia, porque se cuenta que, sin otorgar merced, fueron muertos ciento ochenta mil moros.

Cupo gran parte de la gloria y de las ventajas de esta jornada á Alfonso de Castilla, sobrenombrado el Bueno ó el Noble, que estableció la primera universidad en Palencia, llamando á ella á los sabios de Francia y de Italia.

La tutela de su hijo Enrique vino á ser un manantial de graves discordias, y Alvarez de Lara, que las obtuvo, gobernó el país tan tiránicamente, que suscitó una guerra civil. Habiendo muerto muy jóven Enrique, su hermana Berenguela no vaciló en sacrificar las dulzuras del poder á los sentimientos del amor maternal, é hizo que fuera proclamado su hijo Fernando III; indujo también á Alfonso IX á renunciar en su favor el reino de Leon, que de esta manera fué incorporado á Castilla; Fernando, venerado despues como santo, obtuvo las bendiciones de toda España, á la cual proporcionó union, fuerza y gloria. Con efecto, en su reinado empieza la grandeza de este país, donde supo unir con sus cuidados las voluntades, enderezándolas hacia un mismo objeto, aunque todavía se hallaba dividido en cuatro

reinos, Castilla, Aragon, Navarra y Portugal.

Después de la batalla de las Navas de Tolosa, Mohamed-el-Naser había emprendido la fuga á Marruecos. En las delicias del harem se olvidó tanto de la ignominia de su derrota como del cuidado de los negocios; así no tardaron en estallar señales de descontento y proyectos ambiciosos; pero todavía con más violencia bajo el reinado de Yusuf II, que le sucedió á la edad de once años (1213).

En Africa, el gobernador de Tunez fundó la nueva dinastía de los Abuafienos; en la parte de Oeste se formó la de los Meirínidas (1270), que invadió después á Marruecos, é intentó restablecer las cosas en su antiguo estado, derrocando á los Almohades, aboliendo los consejos instituidos por Al-Mahdi, y finalmente, proscribiendo su doctrina y hasta su nombre. En España, el andaluz Aben-Houd pensó en restaurar los vestigios de los Almohades y en fundar un nuevo estado. Elocuente, rico, generoso, prometía la libertad, la destruccion de las herejías, y se formó numerosos parciales, con cuya ayuda reunió los reinos de Sevilla, Córdoba y Granada. Pero el nombre de al-moumenin no era ya respetado; diferentes cides aspiraban á absorber parte de la autoridad, y los valis de Valencia, de Murcia, de Córdoba, de Sevilla, se hicieron independientes.

Reconocieron los cristianos que la ocasion les era favorable. De consiguiente, el rey de Portugal, se apoderó de Elva; el de Aragon, de Valencia. Fernando de Castilla, todavía más arrestado, penetró en Andalucía, taló las campiñas regadas por el Genil; se hizo dueño de Córdoba y de Murcia, y cerrando luego el Guadalquivir con una escuadra, tomó á Sevilla, de donde dejó salir á trescientos mil habitantes. Estas expediciones, que pudo llevar á cabo con el dinero proporcionado por el clero, le hicieron terror de los moros, á quienes fué á insultar con una poderosa escuadra hasta las costas de Africa, si bien le detuvo en sus triunfos la muerte.

Puede llamársele el San Luis de Castilla, tanto se le asemejó en aquel conjunto de valor, de prudencia y de piedad, que hemos admirado en el monarca francés. *Temo más, decía, la maldición de la más infima mujer, que todo el poder de los moros.* Después de la toma de Córdoba, consagró la mezquita mayor de la ciu-

dad á la Virgen Maria, é hizo trasladar á Compostela en hombros de los moros las campanas que el califa Almanzor había quitado de aquel punto.

Los Laras, que se habían retirado á Marruecos, habían cesado de perturbar el país; lo cual permitió á Fernando pensar en establecer un orden regular, redactando un código para los dos reinos declarados indivisibles (1252). Sin embargo, este código, llamado las *Siete partidas*, ó no fué proclamado entonces, ó cayó en desuso muy en breve hasta el instante en que volvió á declararle vigente Alfonso XI. Para subvenir á los gastos de la guerra impuso Fernando una contribucion perpétua sobre las adquisiciones y las ventas (*alcabala*), y para hacerla extensiva á todas las ciudades, convocó á sus diputados, y hasta á los de aquellas que no habían sido llamados nunca. Entonces se decretó que sólo diez y siete ciudades, á las cuales se agregó después Granada, tuvieran voto en Cortes. Esta ley y esta constitucion, creadas como fueron por las circunstancias de la época, han durado hasta nuestros dias.

Los territorios recuperados poco á poco quedaban para los vencedores, que llamaban á ellos á los cristianos, y la necesidad de permanecer á la defensiva comunicaba cierto orgullo hasta á las clases inferiores, con al sentimiento de la dignidad personal. No había en los países de Leon y Castilla villanos sin derechos civiles; sólo se encontraban en el reino de Aragon, organizado feudalmente. Los nobles de este Estado iban á hacer conquistas por su propia cuenta, las cuales contribuían á extender las posesiones, aunque sin proporcionar vigor á gobierno, ni reposo en lo interior del territorio.

Formáronse los comunes, no por la compra de derechos ó de inmunidades, sino en defensa de la patria. Desde el año 1020, Alfonso V había determinado los privilegios de la ciudad de Leon: Sepúlveda tuvo su carta (*fuero*) de Alfonso VI en 1076: lo mismo aconteció á Logroño, Salamanca y otros comunes: autorizados entonces para tener un consejo y magistrados propios, bajo las leyes dadas por el fundador, que también ponía allí un gobernador para inspeccionar la administracion y recaudar las contribuciones; por lo demás, su autoridad eje-

cutiva estaba restringida, hasta el punto de que en la carta de Logroño se autorizaba para matarle si entraba por fuerza en una casa. En cambio las ciudades suministraban hombres y dinero; y todos los ciudadanos estaban obligados á militar bajo la bandera del magistrado real. El que disfrutaba de cierta renta debía servir á caballo, y á título de indemnizacion, estaba exento de cargas, de donde nació la distincion entre los nobles (*caballeros*), y los contribuyentes (*pecheros*). Los primeros no eran hereditarios; ni tampoco tenían jurisdiccion privilegiada; pero no estaban obligados á ciertas magistraturas, ni se les podía embargar el caballo por deudas.

Sobre la nobleza más elevada se hallaban los *ricos homes*, que vinieron á ser después los grandes de España. Ahora bien, como tocaban en suerte á la nobleza en la conquista vastas porciones de territorio, y hasta ciudades, no era posible al rey mantenerlos sumisos. De aquí para ella el derecho, según hemos visto en otras partes, de renunciar á la fidelidad respecto del príncipe, y de ir con sus vasallos á batallar por su propia cuenta ó al servicio de otro príncipe contra su patria.

Acrecentóse la nobleza por la institucion de las benefactorerías (*behetrias*), convenios por los cuales ciertos distritos se ponian bajo la proteccion de un grande del reino, mediante ciertas retribuciones ó servicios. Así adquirían los nobles una autoridad absoluta sobre las ciudades situadas en la benefactorería, y muchas de ellas, al Norte del Duero, que no dependían más que del rey en un principio, se encontraron en la misma condicion que las del Mediodía, dejadas en feudo á los que se las habían quitado á los árabes.

Una vez que Castilla fué dueña del Guadalquivir, se hizo también potencia marítima, y á medida que se enriquecieron las ciudades, pesaron á la vez en la balanza. Don Sancho instituyó en Valladolid una *hermandad* de preladados, de nobles y de ciudadanos, que se garantizaban mutuamente sus privilegios (1232). Después, para refrenar á los nobles, confirió á las ciudades de la corona el derecho de elegir sus oficiales y de administrar justicia (1295), de cuyo modo constituyeron una confederacion hostil á la nobleza.

El rey fué electivo en una familia hasta el siglo XI; en esta época vino á ser hereditario, y sólomente fué reconocido en un Parlamento. Componíanse las Cortes de la alta nobleza y del clero; se ve intervenir en ellas por primera vez en 1169 á los diputados de las ciudades, y obtienen tales privilegios, no por las riquezas ó el negocio, sino por la necesidad que había de concertarse acerca de los medios de proveer á la organizacion militar. Todas las aldeas tenían derecho á hacerse oír, aunque muchos reyes propendieran á restringirlo á un corto número sucesivamente. En 1295, el arzobispo de Toledo protestó contra los actos de una asamblea, en razon de no haber sido convocada con los demás prelados; pero luego las Cortes quedaron á menudo en olvido. No se enviaba á ellas representantes de una orden; era preciso acudir en persona, lo cual se hacia oneroso para los ménos ricos. Probablemente estaban libres de tributos las tierras de los nobles y de los prelados; los pagaban los comunes; pero no se podía aumentar la cuota sin su consentimiento, cláusula que fué mil veces violada por los reyes. Si no obtenían buenas condiciones y la reparacion de sus agravios, negaban los subsidios, y hasta se atrevieron á hacerlo con los dos déspotas más temibles, Carlos V y Felipe II.

De esto era consecuencia legítima el derecho de examinar las cuentas; y en 1258 decían las Cortes á Alfonso X, «que les parecia conveniente que el rey y la reina no gastasen más que ciento cincuenta maravedís al día para su mesa, y que él recomendara comer con más discrecion á las gentes de su casa.»

Todavía confiaban los grandes más que en el poder de las Cortes, en la autoridad armada de sus *hermandades* ó *cofradías*, con ayuda de las cuales estaban en disposicion de resistir lo que el rey hiciera reprehensible. Pero esto impidió á los grandes propietarios entenderse nunca con los comunes tanto como hubiera sido necesario para oponer á los reyes una enérgica resistencia. En ausencia de las Cortes asistía al rey un consejo compuesto de los príncipes de la sangre y de los magnates, cuyo asentimiento era necesario á casi todos los actos de la corona, pensiones, cartas de gracia, nombramientos. En tiempo de Isabel y de Fernando